

INTRODUCCIÓN

Este libro agrupa y desarrolla aspectos que, como conjunto, constituyen un material crítico acerca del capitalismo neoliberal que fue ganando lugar en los últimos decenios. Variados aspectos nodales quedan contenidos dentro de ese marco y figuran entre los diversos artículos. Un punto de partida insistido es el de la importancia de la contextualización del liberalismo económico y la ubicación de sus raíces precisas, lo que ayuda a mostrarlo como una construcción histórica. Con esto se busca escapar a naturalizar el orden mercantil como un proceso que, divino o profano, constituye una racionalidad absoluta y un fin de la historia. Ello está absolutamente conectado con otro aspecto transversal a esta publicación, que es la crítica a la idea de dejar que la economía sea la emanación de un orden espontáneo de naturaleza puramente mercantil como única o exclusiva vía para coordinar una sociedad.

Dentro de ese propósito y de la reflexividad crítica sobre la actualidad, es el grado de difusión de lo mercantil en la sociedad, lo que varios artículos ponen en discusión y establecen la necesidad de límites y reversiones. Ello en relación con el trabajo, la naturaleza y en dimensiones variadas de las relaciones sociales y humanas que se hacen presa de esa mercantilización y, por lo cual, además, provocan incertidumbres e inestabilidades. Esto comprende una indagación ético-crítica sobre la importancia desproporcionada que tienen la ganancia y al capital como fines en sí mismos, en la orientación de la economía moderna. Varios artículos valorizarán la ética, como ejercicio humano que siempre puede poseer la dimensión del deber ser y de cuestionar las costumbres vigentes.

Es interesante la constatación de que en esa discusión crítica sobre un orden mercantil absoluto, hay tendencias y autores de la propia matriz liberal que han tenido roles importantes abriendo puertas a un liberalismo social y a una búsqueda más compleja para armonizar libertad con igualdad. Es esa constatación la que permite tomar conciencia de la inflexión histórica que acontece a fines del siglo XX, generándose posiciones “restauradoras” de un individualismo altamente concentrador a través de un (neo)liberalismo que busca extender la racionalidad

del mercado en nombre de una libertad abstracta y desprendida de la igualdad.

De allí, como sostienen varios trabajos, la necesidad de la recuperación de la razón, la política y la ética como bases para pensar y construir un orden social, y la validez de que desde allí se piensen aspectos como la justicia, la igualdad, la satisfacción de las necesidades o la responsabilidad social. Esto lleva a plantearse el arte de gobernar la *economía* como actividad humana y social, revalorizando la idea de oikonomía en cuanto a la organización de la producción y del reparto de bienes y servicios asegurando el bienestar de todos. Esto se relaciona con la necesidad de considerar a las instituciones “formales” e “informales” de la sociedad como determinantes en el funcionamiento de la economía y como construcciones históricas. Sin embargo, más de un artículo señalará que ello no es cuestión de expertos separados de la sociedad, sino que todo desarrollo debe transformar en sujetos a aquellos que supuestamente debiesen ser los meros beneficiarios de este.

Sin duda, dentro del debate que inaugurase un post-neoliberalismo se plantea el tema preciso de la retribución y la igualdad. Este es uno de los aspectos en que con mayor fuerza se impugna la idea de que no se debiese intervenir sobre las reglas espontáneas del mercado, y que no puede entenderse como populismo o como atavismo histórico buscar construir un sistema con dosis altas de equidad. Más aún sí, como se señala en varios artículos, la pobreza actual no es tan explicable por la carencia de medios como por el exceso de desigualdad y concentración de la riqueza.

Esto se hace más importante como forma de leer el problema de la pobreza aún existente si consideramos otro componente que cruza varios artículos, cual es la cuestión de las orientaciones acumuladoras de la economía vigente, en virtud de la cual se condiciona fuertemente la estructura de la vida, usando incluso el mundo de los lenguajes y los afectos, y poniendo en cuestión la reproducción de la naturaleza. Eso, de acuerdo a algunos textos, actúa como contracara de un impulso consumista que obliga a penetrar más en el carácter social que acompaña la modernidad. El propio keynesianismo fortaleció una ética consumista como forma de mantener viva la dinámica sistémica.

Esa enorme capacidad de producción que se va acumulando, a la vez y paradójicamente, es la base de fuertes crisis y oscilaciones, al no encontrar la demanda suficiente y mantener una gran cantidad de recursos sociales invertidos en técnicas para aumentar ese consumo y alimentar una determinada cultura del tener. Para varios autores, estas orientaciones tienden a hacerse más fuertes por el papel protagónico y expandido de las grandes empresas trasnacionales en la construcción de la economía global, y en que el capitalismo se muestra como un sistema que crece sin límites ecológicos, culturales ni geográficos.

Pero si bien se analiza críticamente un orden económico y social sustentado en bases como las anteriores, varios artículos, junto con combatir la idea que el comportamiento egoísta y acumulador lleve a resultados favorables sobre el bienestar general -por la mayor producción de riqueza que produciría- van a señalar que la economía actual no es caracterizable por esas solas motivaciones. En particular se hace referencia a múltiples prácticas económicas populares, comunitarias, domésticas, de reciprocidad o alternativas que, sumadas a la economía pública, constituyen una porción importante del sistema económico. Algunas de dichas motivaciones y prácticas no pueden ser entendidas sólo como propias o resabios de sociedades tradicionales. En particular la economía popular, una parte de la cual esta fundada en relaciones solidarias, aparece orientada por la satisfacción de las necesidades básicas basada en el trabajo de sus miembros y en que se generan redes y capital social. Se trataría de realidades que pueden ser fortalecidas, aumentando el peso de sectores subalternos tanto en lo económico como en lo político.

Esas otras lógicas y agentes económicos, en algunos artículos, son comprendidos como la base del planteamiento de una economía plural, en la cual la lógica de acumulación de capitales sea una lógica entre otras; operante, pero no dominante. Ello sería consistente, por ejemplo, con la realidad de América Latina, donde es observable esa pluralidad de formas de economía aunque se necesiten políticas para fortalecer aquellas de carácter más social.

Varios trabajos asociarán la idea de una nueva economía con la revisión crítica de la ciencia económica. Esta no debe considerarse una suerte

de física social ni una mirada reducida a los datos cuantitativos. Debe comprender la importancia de las instituciones en la explicación de los hechos económicos y que estos contienen, en su interior, dimensiones de la cultura, la política y la ética, evitando tanto una visión “subsocializada” como ahistórica de lo económico. Esto abre al análisis socioeconómico un importante campo que ha quedado fuera del análisis convencional de la economía. Los hechos económicos están inscritos en temporalidades de distinta duración que ayudan a explicarlos, a entregarles significado y a definir períodos con ciertas características.

La publicación está dividida en 5 secciones. **La primera sección, se refiere a “algunas perspectivas históricas sobre el neoliberalismo”** y contiene trabajos de Andrés Monares, Pablo Salvat y Armando Di Filippo.

El artículo de **“Andrés Monares, Una breve historia del libre mercado: teología reformada, filosofía moral y ciencia económica”**, indaga en los orígenes de la economía moderna, o de libre mercado, para comprender las bases del neoliberalismo actual. Ella es fruto del desarrollo particular en las islas británicas de la teología de Calvino, que legitimó un tipo de conducta ya existente e impulsó a conducirse de esa manera específica. En ese proceso participan pensadores como I. Newton y J. Locke, que armonizan la idea de dirección absoluta de Dios con el conocimiento de las leyes naturales. Será A. Smith quien realice la articulación definitiva entre gobierno providencial, pecado original y ética materialista, dando forma al sistema de mercado autorregulado. Es la deidad, partiendo de los sentimientos humanos y usando su naturaleza egoísta, la que estructura un orden espontáneo, a fin de que la especie sobreviva. El gobierno providencial de los sentimientos para regular a la sociedad se expresa en la autorregulación bajo la acción de la “mano invisible”.

El neoliberalismo recoge aquel legado, aunque sustrae de Smith su particular filosofía y ética religiosa, pero repitiendo sus ideas: un orden social espontáneo, la limitación de la razón, una moral emocional de carácter egoísta y la necesidad de autonomía individual. Hayek enfatiza la limitación racional de la humanidad y define infructuoso cualquier intento de organización social con base a la razón, pujando por la libre expresión de la emocional “racionalidad económica” y el egoísmo lu-

crativo. Los sentimientos de altruismo o de justicia social responden a épocas pretéritas de la humanidad, donde predominaba el cara a cara y no la sociedad extendida actual, propia de la civilización: “la ilusión de que tenemos un producto social, que está a nuestra disposición para distribuirlo como queramos, es justamente eso: pura ilusión”.

Dentro de esta historia, A. Monares destaca lo curioso que es que las ideas profundamente religiosas y piadosas de Smith hayan despertado en estos siglos oposición entre diferentes confesiones cristianas. Sin embargo, ellas expresan lo que ya estuvo en los pensadores medievales sobre transformar la ganancia y al capital en fines en sí mismos por encima del trabajo productivo útil a la sociedad con una justa retribución. En eso estaría el error del economismo o liberalismo del siglo XIX, que se repite en el presente. Esto, a pesar de que autores como Novak, hablando desde el catolicismo, se muestran abiertamente partidarios de la acumulación infinita de riqueza. Esto se enfrentaría, para A. Monares, al propio Smith, para quien, más allá de la brutalidad de algunas opiniones acerca de los trabajadores, su economía es sustentadora y su meta es primariamente cubrir necesidades, no acumular ni menos especular.

El artículo de **Pablo Salvat, “Del neoliberalismo y algunas señas de identidad”**, nos presenta lo que el autor llama “señas de identidad” del discurso neoliberal, con la conciencia de que ello no es neutral y que hay siempre una tensión entre proyecto, historia y realización fáctica. En este sentido, el autor afirma que la evaluación que hacemos del neoliberalismo no se guía únicamente por cuestiones teóricas, sino, principalmente, por las consecuencias que sus aplicaciones han significado para la vida social de nuestros pueblos.

A partir de Saint Pelerin, el neoliberalismo establece identidades en lo metodológico, en lo práctico-histórico, en la visión de la política, en lo antropológico y su visión de la libertad. El autor muestra cómo esos postulados se apartan de una corriente liberal anterior, presente en autores como Rousseau o Tocqueville, en que no es sólo la libertad individual, sino también la desigualdad la que potencia o no la realización efectiva de la primera y obliga a entenderla para combatirla. Ello introducía el campo de la construcción del orden social conside-

rado por el neoliberalismo como ideario racionalista, constructivista y socializante, opuesto a las virtudes del orden espontáneo y lo que constituye su institución mayor: el mercado.

Entre las señas principales del neoliberalismo están: énfasis en el individuo, reducido a preferidor racional, e individualismo como desvalorización de una voluntad común deliberada; libertad entendida como falta de coacción, sin contenido positivo y con fuerte centralidad en la libertad económica practicada en el mercado; individuos y sociedades con conocimiento limitado desde el cual no puede construirse orden social; orden espontáneo que sigue a una evolución social; distancia de idearios políticos modernos supuestamente negadores de la libertad y que estarían afincados en una confianza desmesurada en las posibilidades de la razón y el conocimiento. Bajo esas consideraciones, el mercado resulta ser una especie de “milagro de coordinación inconsciente”, siempre que funcione como mercado libre.

Salvat señala el rol ideológico del neoliberalismo tanto por olvidar el carácter utopizante de la manera en que mira la sociedad y la economía (postulándola una evidencia empírica), como por su re-elaboración *a-posteriori* y estrecha de los principales acontecimientos políticos, sociales y económicos del siglo XX. Además, critica su tendencia a negar las racionalidades humanas en juego, a favor de una hegemonía de su expresión calculista/funcional a partir de preferencias. Si sólo se tienen preferencias no hay posibilidad de reclamar derechos. Por último, agrega, el neoliberalismo en su defensa del orden espontáneo hace abstracción de los procesos históricos que conforman la distribución inicial de los recursos, y hace imposible pensar la justicia social por sus implicancias para intervenir sobre esas reglas espontáneas.

El tercer artículo de esta sección, “**Ética y economía en el capitalismo global**”, de **Armando Di Filippo**, reseña la complicada historia de las relaciones entre ética y economía en Occidente. La noción de la ética comenzó a cambiar en la era moderna. El liberalismo económico intenta demostrar una conexión entre los móviles egoístas del comportamiento de las personas y los resultados favorables sobre el bienestar general por la mayor producción de riqueza que ello implicaba. Fue el inglés J. Bentham quien profundizó en las bases de este sistema ético utili-

tarista, sobre el que se asientan el capitalismo y la teoría académica actual, a través de la noción de utilidad marginal, base de la teoría de los mercados y de los precios.

Luego, de acuerdo al autor, se observan dos determinismos: primero, en el análisis de Marx, uno de tipo tecnológico, que fija los valores de las mercancías de acuerdo con su contenido de trabajo abstracto incorporado bajo condiciones técnicas medias. Otro, en la teoría neoclásica, donde los agentes son meros optimizadores de magnitudes, calculadas con base en la racionalidad instrumental de un "hombre económico". Los mecanismos en ambos casos son deterministas sin que medie una dimensión ética. Para los neoclásicos, no cabe analizar el contenido y legitimidad de las preferencias de los consumidores, ni el origen y legitimidad social del ingreso real que determina el poder de compra y la satisfacción de las necesidades esenciales. La Gran Depresión de los años treinta cedió paso a la legitimidad de las políticas fiscales, monetarias y cambiarias del Estado, e impulsó, desde el keynesianismo, la emergencia de una ética consumista, pues la dinámica del sistema capitalista sufría decaimientos cíclicos de la demanda efectiva. A su vez, el proceso de descolonización y el reconocimiento de los Derechos Humanos abrieron su rol desarrollista y benefactor, reapareciendo la temática de la ética.

Di Filippo plantea también la ética asociada a una visión multidimensional del ser humano, que extrae de la filosofía aristotélica. Al respecto, cita a la Escuela Estructuralista Latinoamericana, por plantear un explícito reconocimiento de que la ciencia económica no está "autocontenida", de modo que deba aislarse de la ética y de las otras ciencias sociales. En ella estuvo presente el tema de las desigualdades sociales en la distribución del progreso técnico, de la riqueza y del producto social. Por otro lado, en las economías desarrolladas se produce un compromiso entre las nociones del individualismo y el utilitarismo y las nociones de derechos económicos, sociales y culturales. El igualitarismo liberal de John Rawls configura una teoría de la justicia, buscando la convergencia de libertad e igualdad, y construye una ética social del capitalismo regulado y la democracia social.

Una inflexión histórica acontece a fines del siglo XX, generándose posiciones "restauradoras" de un individualismo altamente concentrador.

Este libertarianismo define la libertad humana como la propiedad de sí mismo y de todos los objetos legítimamente poseídos, con algunos límites básicos. Las desigualdades sociales no son tomadas en cuenta, ni las diferentes posiciones de poder en una estructura social. Con la globalización, a su vez, se produce una confrontación entre los derechos de propiedad de corporaciones transnacionales despersonalizadas y los derechos humanos y ciudadanos de los habitantes.

La Iglesia es examinada también en su esfuerzo por reubicarse en el mundo contemporáneo, expresándose en una Doctrina Social, que muestra distancias con principios éticos del capitalismo y con las lecturas de la lucha de clases. Una inflexión histórica será a partir del Concilio Vaticano Segundo, que legitima reformas para humanizar el sistema socio-económico y en que se incursiona en las desigualdades crecientes entre naciones y, más adelante, en una fundamentación ética y filosófica del trabajo humano.

Finalmente, Di Filippo analiza las nociones de justicia distributiva y justicia legal o reparadora (conmutativa), estableciendo que la prioridad ética y lógica respecto de los criterios de justicia corresponde a la justicia distributiva.

La segunda sección es “Discusiones con Friedrich von Hayek”, y contiene trabajos de Howard Richards y Jorge Vergara Estévez.

El artículo de **Howard Richards, “Una alternativa ética a la filosofía de F. von Hayek”**, toma como base el discurso de Hayek cuando recibe el Premio Nóbel de Economía en 1974, y se plantea como una alternativa a esos planteamientos y a los de tipo socialdemócrata.

Ello lo plantea como una ética, definida esta como las normas que pautan la acción humana. El autor señala que comparte con Hayek el que la economía no es una física y que los datos cuantitativos no logran comprender los mecanismos que generan los fenómenos. Lo que genera la conducta humana es, en gran parte, la organización normativa que la cultura ha dado a las tendencias instintivas, pero agrega que la ética posee la dimensión del deber ser y del cuestionar

si la costumbre vigente debe permanecer, lo que hace que todas las normas deben ser consideradas provisorias.

En concordancia con Hayek, Richards comparte que hay una inocencia nefasta de los economistas al suponer que la vida social se puede comprender con ecuaciones de pocas variables. Lo realmente esencial para estudiar la sociedad es partir de las normas que la organizan. Así, dadas las reglas del juego, es esperable que cuando los gobiernos intervengan para subir los sueldos y los impuestos, bajen las ganancias y las inversiones, o que se verifique el postulado liberal de que la desviación de los precios reales normalmente debilita el motor principal de la forma económica dominante, la acumulación de capital.

A partir de esas realidades el autor señala, sin embargo, que Hayek cae en una utopía liberal cuando afirma que lo que frena el empleo es la intervención anti-natural de gobiernos y sindicatos, sin lo cual se llegaría a un equilibrio natural feliz; pero analizando al capitalismo de libre mercado sacamos la conclusión de que la utopía liberal imaginada por Hayek no es esperable, dadas las reglas del juego que tenemos. Sí son esperables: cesantía, bajos sueldos y una perenne alternancia cruel entre inflación y estancamiento.

A partir de allí, el autor plantea que hay una opción más real que la utopía socialdemócrata criticada por Hayek, y más real que su utopía liberal: es una economía plural. Esta estaría orientada desde normas que obedecen a una serie de dinámicas distintas. Es una economía en la cual la lógica de acumulación de capitales es una lógica entre otras, operante pero no dominante.

Esta proposición ética pone en tela de juicio las reglas del juego actualmente vigentes, y es una propuesta de cambio social. La superación del liberalismo de Hayek supone contar con un criterio ético independiente del mercado. Son necesarias las reglas del juego para la formación de tres sectores: el privado, el público y un amplio grupo de "terceros sectores", distinto de los dos anteriores. Para Richards, la economía tiene que ser plural, porque a veces una institución, a veces otra, es el instrumento más apto para lograr la finalidad del desarrollo humano

integral y está más en condiciones para seguir funcionando, aunque sea debilitada la fuerza de una de sus varias dinámicas.

El artículo de **Jorge Vergara Estévez, “La ética de Hayek”**, refuta la idea de que el neoliberalismo carece de una ética, exponiendo la posición de F. von Hayek. Al respecto, muestra las diferencias con la ética de Kant y le realiza un conjunto de cuestionamientos.

El autor muestra que, para Hayek, la racionalidad es el resultado de un proceso evolutivo, que ha permitido la adquisición de habilidades ancladas en tradiciones que le han permitido construir la gran sociedad contemporánea. La etapa humana inicial, de acuerdo a Hayek, fue gregaria y carente de libertad, marcada por una alta cohesión y cooperación grupal, que fue lo que le permitió sobrevivir. Por ello, el individualismo no fue instintivo, sino el resultado de una evolución civilizatoria. Vergara plantea que con ese marco de análisis Hayek sostendrá que la creencia en la justicia social corresponde a un “atavismo”.

La actual se entiende como una sociedad extendida, que surgió de la supresión progresiva de las normas instintivas y de su sustitución por normas impersonales de coordinación humana. La sociedad de mercado es un “orden extendido”, que para Hayek representa la fase final del desarrollo de la humanidad y que integra el producto de la experiencia práctica de la humanidad. Constituye una “evolución selectiva” de las normas y no una emanación de nuestra razón. Por el contrario, según Hayek, esa pretensión última, presente en Occidente en el siglo XX a través de ideas colectivistas, había conducido a una confusión moral y a limitar las libertades individuales. Hayek rechaza la noción de “responsabilidad social” y niega el valor ético de un Estado de Bienestar que obliga a determinados actos altruistas. De este modo, el autor afirma que Hayek convierte en imperativas las normas sociales de la “sociedad extendida”, inmanentes y necesarias para su reproducción como sociedad de mercado. Permiten la coordinación espontánea, el uso de inconcientes patrones de conducta y suministran los valores y fines a los que nuestra razón debe servir.

En Kant, señala Vergara, a partir de la distinción entre éticas heterónomas y autónomas, se rechaza una pura construcción ética basada

en la experiencia y se evidencia que la razón también interviene en la forma en que debe obrar, poniendo incluso en cuestión el cómo se ha obrado hasta ahí. Los seres humanos pueden darse normas y pueden criticar las normas recibidas. A su vez, para Kant, el hombre en su historia tomó conciencia de que había que considerar a los otros como iguales, donde no cabe la instrumentalización. Para Vergara ello funda una ética racional con base en la autonomía de la razón y en la igualdad y dignidad de las personas muy distinta de la hayekiana, que convierte en normas éticas las condiciones de posibilidad de una sociedad de mercado. Así, desde la perspectiva de Kant retomada por el autor, resulta criticable que la búsqueda de justicia distributiva, de cooperación y de un proyecto colectivo puedan ser caracterizados como atavismos arcaicos

La tercera sección presenta algunas perspectivas nuevas de análisis de la realidad y contiene trabajos de Raúl González Meyer, Pierre Calame, Oscar Useche y María de la Luz Trautmann.

El trabajo de **Raúl González Meyer, “De la economía a la socio economía”**, plantea bosquejar un enfoque alternativo a la teoría neoclásica para interpretar los hechos económicos, al cual denomina socioeconomía. En esa perspectiva, plantea la necesidad de reintroducir la esfera económica en la sociedad y entenderla en fuerte imbricación con las otras esferas, entendiendo los hechos económicos como hechos sociales. Eso significa que contienen a la cultura, la política y a la ética no en su entorno, sino en su propia constitución y manifestación, combatiendo una visión “subsociada” de lo económico. Esto se relaciona con la necesidad de considerar a las instituciones “formales” e “informales” de la sociedad como determinantes en el funcionamiento de la economía, lo que, para el autor, hace relevante el estudio de sus construcciones y sus cambios. Esto incluye la propia comprensión del funcionamiento de los mercados reales, no reducibles en su carácter al sólo acto mercantil de oferta y demanda, y en que, citando a Durkheim, señala que no todo es contractual en el contrato.

González plantea, también, que la economía actual no es caracterizable, como lo hace la teoría económica dominante, por las solas motivaciones de maximización de consumidores, trabajadores y capitalistas. Junto

con compartir la crítica de Polanyi de que el liberalismo económico ha tratado de crear un universal en el mercado y el *homo economicus*, el autor sostiene que una serie de otras lógicas están presentes y son claves para comprender la dinámica contemporánea del sistema económico. La economía social y solidaria, doméstica y comunitaria, y la economía pública, son ejemplos de ello. En este plano, señala el autor, algunas de dichas motivaciones y prácticas no pueden ser entendidas sólo como propias, o resabios de sociedades tradicionales. Esto abre al análisis socioeconómico un importante campo que ha quedado fuera del análisis convencional de la economía.

Otro ángulo desde el cual levantar una lectura distinta a la neoclásica es la comprensión de la economía desde el movimiento histórico. Los hechos económicos están inscritos en temporalidades de distinta duración que ayudan a explicarlos, a entregarles significado y a definir períodos con ciertas características. Para González, retomando autores como Veblen, Schumpeter o Marx, la teoría neoclásica, al centrarse en las modalidades de cómo se reequilibra el sistema económico cuando se altera una variable –estática comparativa–, es incapaz de aprehender la dinámica histórica de lo económico.

Finalmente, el autor plantea que esta perspectiva de una socio-economía tiene implicancias para el campo normativo y de la acción política: la esfera económica no puede ser naturalizada, sino que está sujeta a ser orientada por la sociedad; permite observar lo económico en toda su complejidad, como creador de instituciones y condicionado por instituciones, lo que puede hacerse objeto de la política; fundamenta el impulso de sectores de economía social en la idea de una economía plural, no caracterizada por una sola racionalidad; abre la idea del cambio histórico como un dato permanente de la realidad sobre el cual se puede y debe actuar; por último, la socio-economía muestra que toda economía funciona con determinados postulados éticos que pueden ser transformados en objeto de reflexividad crítica por la sociedad.

El artículo de **Oscar Useche, “Reestructuración bio-económica del capitalismo y su impacto en la reconfiguración del Estado y la ciudadanía”**, busca aportar a una propuesta de desarrollo que reconstruya formas de vida y la relación con la naturaleza. Señala que el liberalis-

mo, emergiendo como oposición a la sobre-codificación jurídica que había dado al Estado una fuerza de Leviatán, realzó a la sociedad, la ciudadanía y los derechos y libertades individuales, en primer lugar la mercantil y la propiedad privada. El mercado constituyó el test donde ese liberalismo identificó el “gobernar demasiado”. El neoliberalismo ha extendido esta racionalidad del mercado sobre el conjunto de la vida humana y la naturaleza, modificando formas de vida con el despliegue de técnicas de poder que constituyen, de acuerdo a M. Foucault, una “bio-política” que conlleva la imposibilidad de comprender la alteridad, la diferencia y el pluralismo. El mercado, señala Useche, se transforma en una fábrica de subjetivaciones que expande la razón económica como pauta de comportamiento básico. De ello participan una cultura tecnológica y científica, el mercadeo y el sistema financiero. Como contraparte, la política es vaciada de contenidos y se empieza a circunscribir a un “mercadeo político”.

Se constituye un espacio específico de bio-poder que el autor nombra como la “bio-economía”, la que representa, citando a Fumagalli, el poder totalizador e invasivo de la acumulación capitalista en la vida de los seres humanos y la naturaleza. Así la biosfera, en donde habita la infinita diversidad de formas de vida, es sometida a la lógica del mercado, la que supone que esos bienes siempre estuvieron ahí, esperando ser apropiados y explotados. El antropocentrismo y mercado-centrismo han puesto en crisis la relación hombre biosfera y la consideración de la entropía cuestiona hoy la rigidez y unilateralidad de la economía dominante. Pero también, señala el autor, el mundo de los lenguajes y los afectos, del pensamiento lógico y la comunicación, de la interacción y la confianza, aparentemente repelentes a la esfera del trabajo, resurgen como factores productivos. Estas facultades humanas son captadas como materia prima esencial de la economía globalizada, poniendo en la entraña del proceso de acumulación bio-económica al capital humano y al capital social.

En estas circunstancias se levanta un mundo de la vida que desde la incertidumbre e inestabilidad pugna por liberarse de este mercantilismo extendido. Florecen embriones de comunidades abiertas y reconfiguraciones sociales que horadan la supremacía del mercado y su conflictivo binomio con el Estado. Es una fuerza inmanente, que ya no se refe-

rencia obligatoriamente al capital, que es potencialmente autónoma y cooperativa. Para Useche, entonces, se establece un terreno de lucha entre diferentes subjetivaciones entre los poderes dominantes y las fuerzas de la vida. Es la huella de pequeños acontecimientos y de su capacidad de transformación lo que se va tornando relevante para el análisis actual, como los micro-procesos productivos en los que, sin embargo, está presente el conjunto de relaciones vitales. Eso debe ser acompañado por grandes orientaciones que configuran un “programa de desarrollo por la vida”, que pone límites al crecimiento, reconoce las nuevas potencialidades comunales del trabajo que crea capacidades propias en nuevos sujetos y agencias sociales para entrar en la producción cognitiva, que afina espacios de intercambio propio, que profundiza en la experiencia de mercados sociales e impulsa formas de consumo responsable.

El trabajo de **Pierre Calame, “Las diferentes categorías de bienes y servicios y los regímenes de gobernanza para cada una de ellas”** parte de la pregunta por la naturaleza de los diferentes tipos de bienes y servicios y las implicancias de ello para su gestión. Para Calame, el gobierno de la economía no puede pensarse desde la idea de que existe un orden natural pre-establecido, que resuelve espontáneamente las necesidades individuales y sociales. Esto lleva a plantearse el arte de gobernar la economía, lo que conduce a actualizar el significado de *oikonomía* en cuanto organizar la producción, el reparto y el uso de bienes y servicios de manera de garantizar a la humanidad todo el bienestar posible. Esto, recordando la etimología griega *oiko nomos*, es decir gobierno de la casa, La ciencia económica debe ser repensada no como un parangón de la ciencia de la física, sino como un ramo del arte de la gobernanza.

Esta gobernanza debe considerar que el intercambio nace de la producción y del uso de los bienes y servicios, y tiene como finalidad ayudar a satisfacer esas necesidades, pero también crear los vínculos que contribuyen tanto a forjar la sociedad y las relaciones entre los individuos como la relación entre las sociedades y la biósfera. Estas prácticas sociales que solemos llamar “económicas” son ellas mismas construidas socialmente y, a la vez, bases de la construcción de la sociabilidad en general. Por ejemplo, señala Calame, el hecho de acuñar

un circulante, una moneda, crea una comunidad, la comunidad de aquellos quienes se relacionan entre sí por medio de aquella moneda.

De acuerdo a Calame, la ciencia económica, entendida como *oikonomía*, tiene que ser capaz de describir y calificar los distintos bienes y servicios, clasificarlos en categorías tan homogéneas como sea posible. Ello porque sólo a partir de esa distinción se pueden definir los actores, los ordenamientos institucionales, los procesos y las reglas; en una palabra, los “regímenes de gobernanza” corresponden a cada una de esas categorías. No se trata de un mecanismo único –el mercado o la planificación–, en abstracto, a través del cual se enfrentan las necesidades. Resulta fundamental adecuar los diversos regímenes de gobernanza de la producción y del uso de los bienes y servicios a la naturaleza de los diversos tipos de bienes y servicios.

En la dirección señalada, Calame propone clasificar los bienes y servicios bajo cuatro rubros, cada uno de los cuales requiere una gobernanza y por ende una ciencia económica repensada y específica; es decir, una distinta *oikonomía*. Estos cuatro tipos de bienes y servicios son, para el autor: (1) los bienes que se destruyen al compartirse (2) los bienes que se dividen al compartirse y existen en cantidad finita; (3) los bienes que se dividen al compartirse pero existen en cantidad indeterminada; (4) los bienes que se multiplican al compartirse. En relación con esas categorías, va señalando el lugar de la sociedad, del Estado y del mercado en su gestión.

El artículo de **María de la Luz Trautmann, “La escasez como resultado de la búsqueda de la abundancia”**, busca mostrar otra manera de plantearse el problema económico contemporáneo, en particular las recientes crisis. Parte diciendo que los textos en uso definen a aquel como el problema de la escasez, del que surge la constante búsqueda del crecimiento. Sin embargo, la autora observa que el crecimiento ha sido mucho y que los problemas continúan. Asimismo, se observa que una serie de las últimas crisis han sido por escasez de divisas, pero como efecto de una masa demasiado abundante de capitales que circulan por el mundo y producen aquella situación crítica nivel nacional. Recuerda también la afirmación de Rosa de Luxemburgo sobre los obreros que quedan cesantes por haber producido demasiado. La crisis

iniciada los años '70 es producto de la sobreproducción por la disputa intercapitalista y el incremento de la producción japonesa y alemana.

Otros varios hechos que mostrarían a esta abundancia relativa como origen del problema: la enorme cantidad de recursos utilizados en publicidad, los recursos financieros que buscan utilidades por el mundo y las dificultades de las pequeñas empresas para colocar sus productos. Muchos países pobres señalan las dificultades para vender sus productos agrícolas por los subsidios de los agricultores norteamericanos o europeos. Trautmann pregunta si eso es escasez de productos o escasez de mercados. A la vez, el aumento del producto tiene una serie de efectos ambientales y sobre la salud humana, por ejemplo la producción minera, forestal y agropecuaria. Asimismo, amenaza con sobre-explotar las fuentes de agua, el calentamiento global, la biodiversidad y la existencia de alimentos.

Esta idea de crecer sostenidamente, apoyada en el erróneo planteamiento del problema económico, se sostiene para la autora, tomando como referencia a E. Fromm, en el "carácter social" generado en el sistema capitalista. Desde el punto de vista subjetivo, el hombre ha terminado trabajando para fines extrapersonales y se ha transformado en el esclavo de una máquina que él mismo construyó. Las relaciones han perdido su carácter directo y presentan un espíritu de instrumentalidad y de manipulación donde lo único importante es adquirir propiedades y el derecho ilimitado a conservarlas. Fromm lo define como la "cultura del tener" y del "carácter mercantil", en que todo se transforma en artículo de comercio, las cosas y las personas, aun sus sonrisas.

Frente a aquella cultura, la autora sostiene que hay muchas iniciativas ciudadanas que se arraigan en la cultura del ser, como los movimientos ciudadanos que ponen límites a transnacionales movidas por la ganancia, las orientaciones hacia la soberanía alimentaria, la revalorización de los bienes comunes, las discusiones sobre la renta básica, las experiencias de trueque y las festividades y el arte público, donde el tener y la apropiación no son lo central.

La cuarta sección presenta análisis referidos a la cultura popular urbana y a un desarrollo otro, y contiene trabajos de José Luis Coraggio, Humberto Ortiz y Nicolás Gómez.

El artículo de **José Luis Coraggio, “Los usos de K. Polanyi en la lucha por otra economía en América Latina”**, busca leer a dicho autor desde el objetivo de comprender los sentidos de las experiencias de economía social y de las movilizaciones sociales en América Latina. Destaca que Polanyi permite enfrentar un fatalismo economicista, al hacer ver que siempre otra economía es posible, en tanto las economías modernas son construcciones políticas que se expresan en institucionalizaciones.

Polanyi permite observar que en la historia han existido varios “modelos o principios de integración” del proceso económico, y que el mercado es sólo uno de ellos. Coraggio los sistematiza en cuanto a sus contenidos y en cuanto a las condiciones para que se den: las “estructuras facilitadoras”. Además, incluye y refuerza otros dos, no ausentes en la obra de Polanyi, pero menos considerados: la economía doméstica y la planificación. Sobre el primero señala que en la actualidad, en América Latina, una parte apreciable del sustento se logra a través de la producción para el propio consumo. Sobre el segundo, señala que el Estado en América Latina ha tenido un rol fundamental en la industrialización, en los sistemas educacionales, en salud, infraestructura y otros.

Ese esquema de análisis, Coraggio lo contrasta con lo que denomina la economía social y su programa de acción en América Latina. Entre otros puntos, es destacada la importancia de las unidades domésticas populares, que configuran la economía popular centrada en la reproducción de la vida y en el trabajo. También la necesidad de construir un sistema económico que articule los cinco modelos de integración, a lo que apunta la crítica de Polanyi al liberalismo de intentar reducir el sistema al solo principio del mercado. En esa dirección también es pertinente la perspectiva de Polanyi de sacar al trabajo del mercado, desprivatizando los contratos de trabajo y expandiendo experiencias autogestionarias, así como también a la tierra, desmercantilizando la relación con la naturaleza.

Coraggio sostiene, finalmente, que los planteamientos de Polanyi permiten sobrepasar una idea de lo social como mera preocupación por los más pobres y como acciones asistencialistas. Lleva a construir *otra* economía y a la reestructuración de sus instituciones, justicia, disposición y propiedad de los recursos. Ello aparece correspondiente con la realidad de América Latina, donde, aunque con diferencias entre subregiones, se presenta una economía mixta, -empresarial capitalista, pública y popular-, y donde esa *otra* economía debe constituirse de la convergencia entre las acciones públicas y la auto-organización social. Desde esa perspectiva, el autor sostiene que América Latina se encuentra en un inevitable proceso de creación de una pluralidad de formas de economía alternativa. Eso, junto a ser un proceso nuevo, es la prolongación de una tradición larga, donde se sitúan las actuales luchas de los pueblos originarios; los legados de la Teología y de la Pedagogía de la Liberación; la historia del cooperativismo y del mutualismo y diversas revoluciones que han acompañado los esfuerzos emancipadores en el continente.

El artículo de **Humberto Ortiz, “Desarrollo humano, solidaridad y nueva economía”**, plantea la necesidad de avanzar hacia esa realidad. Un dato de partida para el autor es la globalización, actualmente dirigida por grupos empresariales transnacionales bajo orientación neoliberal. Ello ha generado una gran cantidad de pobreza, exclusión y concentración de la riqueza, conflictos armados de baja intensidad; abundante comercio de narcóticos. Frente a esa realidad es necesario el planteamiento de un *otro desarrollo*.

El autor sostiene que el desarrollo no puede ser concebido como algo proveniente desde expertos y que se impone a los grupos humanos, sino que debe partir de estos, debe ser un desarrollo “desde abajo” y “desde dentro”. Sin embargo, es necesario partir de una definición de desarrollo integral, que es a la vez económico, social, político, cultural, ecológico y ético. Así, los distintos países o comunidades pueden tener distintos niveles de desarrollo en cada una de estas dimensiones y siempre tendrán desafíos por delante.

Ortiz sostiene que este desarrollo humano integral debe arraigarse en prácticas visibles de solidaridad, existentes en la economía popular actual. Tomando a Coraggio, señala que esta economía está orientada

por la satisfacción de las necesidades básicas y se basa en la expansión de las capacidades laborales de personas y familias, las que generan Fondos de Trabajo bajo las formas de trabajo dependiente o independiente, remunerados y de trabajo doméstico, comunitario o de autoformación, no monetarios. Esto significa, para el autor, pasar de un paradigma centrado en el capital y la competitividad a otro centrado en el trabajo y la cooperación, lo que significa, citando a Razeto, movilizar el “factor C” (cooperación, compartir, comunidad, confianza, etc.). Este tipo de economía, señala el autor, se ha venido configurando en América Latina como respuesta de poblaciones empobrecidas y excluidas. Para que esta economía avance más es necesaria una interacción de políticas micro, meso y macro económicas, además de globales, así como un proyecto nacional con dicha perspectiva. Asimismo, debe re-conceptualizarse el mercado como relaciones entre personas y grupos humanos, maximizando la cooperación en los intercambios.

Dentro de esa estrategia, el territorio local debe ser concebido como un importante espacio de desarrollo económico popular y solidario. Ello pasa por reconocer la existencia en su interior de seis sectores claves: producción, consumo, comercio, servicios generales, servicios tecnológicos y servicios financieros. El desarrollo local se basa en mejorar las condiciones de vida, usando sustentablemente los recursos endógenos, a partir de la concertación de actores económicos locales de origen público, privado y social.

El artículo de **Nicolás Gómez Núñez, “Observatorio sobre lo económico en el medio social urbano pobre”**, explora la cultura de las organizaciones económicas en medios sociales urbanos pobres. En una primera parte identifica los análisis sobre los cambios ocurridos desde los años '70 en el mercado del trabajo en América Latina, que, en general, fueron interpretaciones sobre las consecuencias del abandono de la estrategia de sustitución de importaciones y en que la “pequeña empresa” fue entendida como un refugio.

Luego describe las perspectivas de análisis que se generaron sobre la cultura de las organizaciones antes señaladas. En una primera mirada aparecen aspectos empresariales modernizantes, la legitimidad en referencia al sector formal, la modalidad de gestación de la cultura

interna y la naturaleza hipotético deductiva del análisis a partir de una empresa idealizada. En una segunda línea de análisis se considera las relaciones de cooperación en un mercado competitivo, la categoría de lo popular, las relaciones sociales de solidaridad.

También el autor explora la naturaleza de los quehaceres científicos que estuvieron presentes en la exploración de las organizaciones económicas populares, donde destaca el rol jugado por el Programa de Economía del Trabajo (PET) en Chile. Una serie de conocimientos que aparecen se refieren a los sentidos de su actividad económica y a las relaciones con la comunidad. Nociones como comensalidad, reciprocidad y coordinación se hacen claves en el análisis. También las prácticas de asociación y de representación. En términos generales, en esta historia Gómez señala una asimetría entre las dimensiones económicas, sociales y culturales en los análisis, con privilegio de las dos primeras. Respecto de los análisis sociales, describe estudios de villas argentinas y de Lomitz, en que aparecen los fenómenos de las redes y las relaciones y sociabilidades.

Finalmente, hay un intento de afirmar algunos conceptos para aprehender lo económico de las organizaciones analizadas. Así, pueden ser comprendidas como un complejo de relaciones cooperativas y como un contexto estructurado de significados, pero que existen en medio de tensiones experimentadas por los integrantes. El autor analiza interpretaciones de esas tensiones tomando dos ejemplos: el estudio de Bourdieu acerca de la vivencia de desarraigo del subproletariado urbano y campesinado proletarizado en Argelia, y el del Hogar Obrero, fundado en Argentina y analizado por Forni y Roldan. Esos ejemplos permitirían concluir que la cultura de las organizaciones económicas populares es un desenlace de las tensiones entre componentes de su universo simbólico. Ello estaría a la base de los procesos de constitución de redes y del capital social que acumulen, así como de sus componentes más específicos, como los grados de confianza

La quinta sección aborda críticamente el sistema económico actual desde una perspectiva teológica, y contiene trabajos de Iván Canales, Jorge Mendoza y César Carbullanca.

El artículo de **Iván Canales, “Reflexiones para una ética social cristiana de carácter global”**, se plantea un análisis de la realidad y una propuesta desde una ética social cristiana, a partir de la síntesis de las tesis de Antonio González. El autor parte por caracterizar el capitalismo como un sistema que crece sin límites ecológicos, culturales ni geográficos, y que está pasando desde un imperialismo centrado en Estados nacionales a otro mundial. El poder mundial es asimétrico y se refleja en aspectos como las barreras arancelarias de los países más ricos, la acción de las instituciones económicas internacionales y las barreras a la emigración. Este orden se expresa en una impresionante concentración de los ingresos, desaparición de especies y sobreexplotación de recursos naturales. El déficit democrático es también grande, dado el dominio de los capitales multinacionales sobre los Estados. La ideología neoliberal ha servido para aplicar estas políticas.

Todo ello el autor lo ve como consecuencia de déficits sistémicos que van más allá de la economía y que abarcan una dimensión ética profunda. Yendo a las fuentes bíblicas, esto se levanta sobre la pretensión adámica de autojustificación o de ser como dioses, de buscar el poder y el prestigio, que es el pecado de Adán, De construir la torre de Babel. Así, la obsesión capitalista por el crecimiento y la producción son también expresión de esa lógica puesta al descubierto por las Escrituras, expresión de una lógica situada en lo más profundo de las estructuras de dominación y de la praxis humana.

Sin embargo, Canales plantea que se lee que Dios ofrece la posibilidad de configurar una praxis alternativa al egocentrismo autojustificador de la lógica adámica. La figura de Abraham es presentada como un contrapunto de Adán, en términos de la entrega total en que se funda la historia de la salvación. El libro del “Éxodo”, aun más radical, muestra a los israelitas abandonando el sistema económico opresor para construir en la periferia una sociedad alternativa, que equivale a una nueva creación. La ley de Israel, de acuerdo al relato bíblico, no puede entenderse al margen de esa experiencia de liberación y está destinada a evitar que reaparezca la opresión, lo que se expresa en el objetivo de que desaparezca la pobreza, en el perdón de las deudas, la prohibición del préstamo a interés, la recuperación de las tierras, la inexistencia de impuestos como tributo al rey, la posibilidad de re-

cuperar la libertad si se ha caído en la esclavitud. Para Canales no se trató de un aislacionismo sectario, sino de una distinción necesaria para ser una alternativa, de lo que se sigue que los descendientes de Abraham son bendición para todas las familias de la tierra.

Para el autor, la fe cristiana afirma con Jesús que se ha superado el pecado fundamental de la humanidad, el pecado de Adán de autojustificación que, de acuerdo al diagnóstico bíblico, es la estructura profunda de toda forma de desconfianza, manipulación, dominación, violencia y opresión social. Jesús, señala el autor, con su actuar de no responder, renuncia a entrar en la lógica del malvado y con ello escapa a la base en que se funda toda forma humana de dominación y todo imperio. Jesús está proponiendo nuevas relaciones sociales, libres de la lógica adámica de la retribución, y toca la raíz misma de la opresión y no sólo sus plasmaciones concretas. Es la subversión radical de la historia humana, desde el presente y desde abajo. El autor señala que frente a las lógicas egocéntricas y devastadoras del imperio, el cristianismo debiera configurarse como una praxis comunitaria de resistencias con una estructura descentralizada y reticular. Por tanto, los cristianos pueden mostrar que la esperanza ya es una realidad, que la humanidad nueva comienza a ser posible en sus comunidades y que el futuro se ha iniciado, ya.

El artículo de **Jorge Mendoza, “La reconstitución ética de la economía”**, parte de la afirmación de que reconstruir la economía desde bases éticas exige entenderla como una construcción social, cuyo propósito es la satisfacción de las necesidades de las personas. En este sentido, no se la puede ver en términos de “mano invisible” como sinónimo de “Providencia divina” y ni como la sacralización de algún modelo económico, pretendiendo dirigirlo como si se tratara de algo natural. En esta visión sólo tendría cabida la resignación y no habría lugar a la esperanza, inteligencia y voluntad.

El autor señala que ello significa trabajar temas como la voluntad de Dios, la libertad del hombre y revisar el supuesto de la escasez, imperante en la teoría económica. Señala que el actual modelo económico está sustentado en la producción de satisfactores para quien tiene capacidad de pagarlos, excluyendo a quienes no tienen esa capacidad

adquisitiva y no son incluidos en la producción de riqueza. Los puntos centrales son la integración de los marginados, cómo pasan a ser protagonistas de su desarrollo y no sólo beneficiarios del Estado, y cómo acceden a los bienes necesarios. Todo ello, en el contexto de que su pobreza no es por falta de medios materiales de la sociedad, sino por la mala distribución del ingreso.

El artículo de **César Carbullanca, “El gobierno de los pobres” (reflexiones acerca de los marginados del sistema productivo y social)**, está escrito a partir de su experiencia de trabajo con campesinos afectados por inundaciones y por el terremoto de 2010. Parte afirmando que se comete un error teológico al hablar de los pobres como destinatarios de la Buena Nueva, cuando en realidad los textos hablan de que estos son los protagonistas del Reino. Analiza la figura del *ptojoí* dentro del mundo greco-romano y la acción y discurso de Jesús para mostrar que tanto en el mundo judío como luego en el mundo greco-romano, el cristianismo fue un fenómeno social en el cual los marginados en el sistema esclavista encontraron un espacio de fraternidad y libertad.

Referido a la realidad chilena, ello, para el autor, debe tener una actualización que significa que el lugar teológico de la Iglesia no es la Plaza de Armas, sino donde están los que han quedado en los márgenes del sistema productivo. Esto lo lleva a criticar el carácter de la vuelta a la democracia en Chile, que quitó a las organizaciones populares el protagonismo que habían tenido en las protestas de los años '80, así como a la Iglesia, que ha desarrollado una teología equivocada, que ha huido del mundo más que facilitar la organización y solidarizar con los excluidos.

Señala Carbullanca la impresionante desigualdad que envuelve la realidad actual, y llama a la necesaria reflexión sobre el propio rol que en ella cumplen tanto colegios como universidades católicas. Asimismo, como también surgen, a partir del terremoto, organizaciones barriales que requieren de obispos, sacerdotes y laicos que las animen y multipliquen, animados por una mayor equidad. Señala también la percepción en el mundo de los damnificados de cómo por parte de los empresarios se lucra de situaciones límites, como en dicho terremoto

a través del aumento de precios. Ello, finalmente, obliga a la necesidad de una profunda discusión ética sobre cómo funciona la economía, que permita ubicar el lugar protagónico de los pobres y marginados en el proceso histórico.

Raúl González Meyer
Howard Richards